

Dijo algo así como que nunca me pudieron quitar la alegría, o eso es lo que nunca perdí, o cualquier otra cosa similar. He querido reconstruir la frase, pero es inútil: aislada de su contexto suena trivial. Redacto estas líneas durante el otoño madrileño. Cuando me canso de no sé qué hipotéticos trabajos, me tiro en un sofá y veo el cielo, todavía incontaminado a siete kilómetros de la Puerta del Sol. Veo frecuentes grupos de aves en migración. Cruzan rápidas y cansadas el cielo azul y pienso, con mentalidad de colegial, en una de esas inocuidades vespertinas, que si el sol se pone por delante de mí, y ese es el Oeste, las aves vuelan hacia el Sur. Tan sencillo y poético razonamiento (poético en su sentido popular) me produce algún misterioso regocijo—las aves volando hacia el Sur en otoño, distantes y puras sobre el caos urbano—rápidamente enlazado con otro grupo de razonamiento menos misterioso: el Sur, que es la antigua tierra de uno; la inalterabilidad ecológica de las aves navegando milenariamente rumbo Sur, como una repetida infancia, la mía, pero que sigue en el Sur sin mí, esperando—con esa embargadora fuerza de evocación y desdoble que aún se conserva en los pliegues de células cansadas—el paso de las aves siempre veloces y vírgenes en la luz salina, y observo que el tipo de regocijo que me ha producido el vuelo sureño se parece un poco al regocijo que me produjo la frase, o la consideración, o el conjunto de palabras pronunciadas hace por lo menos siete u ocho años, pero en otoño también, en la Ciudad Universitaria, bajo su enorme arco conmemorativo, cuando empezaba el artesano olor de las castañas asadas, la niebla ligera en torno a los semáforos y las estudiantes a pasar, desgraciadamente hermosas en la oscuridad, hacia el bullicio de Argüelles. Entonces Luis Rosales se paró, me soltó el brazo, alzó la mano con la cartera y dijo, como corolario del tema personal que había venido debatiendo desde que salimos del Instituto de Cultura Hispánica con destino a una taberna próxima a la calle Altimirano, cuyo tinto áspero y de elevada graduación yo quería que él probara, dijo esa frase que ahora no puedo entrecomillar, pero que se asemeja en su sentido profundo al vuelo de las aves hacia el Sur y que se refería a la permanencia de la alegría. Tuvo un rato la cartera en el aire y habló riendo y enérgicamente a la par, incluso con una porción de desgarro. Su discurso, que he llamado personal, no estaba inspirado en el resentimiento literario. Ahora bien, mi reacción

de entonces sí provenía precisamente del resentimiento literario (digo «literario» por decir algo aproximado a la vocación de un escritor), igual que el gusto por las aves al Sur tiene que provenir forzosamente de otro resentimiento (más sutil, puesto que uno se perfecciona casi siempre en lo malo), es decir, a mí me impresionó aquello en la medida en que suponía un consuelo raro, casi una complicidad, como ha sido un consuelo raro el asunto de las aves migratorias, si se tiene en cuenta la mentalidad dual—neorromántica o de tendencia esquizofrénica, es igual—del hombre moderno, preso en la gran ciudad medio podrida, o al menos sucia e ínsolidaria, tironeado por un sueño hedonista y evasivo en medio de las cobardías con base en el egoísmo y de las crisis normales de la juventud huida como una arisca gaviota, así como de otro no despreciable núcleo representado por el sentido de la responsabilidad y las limitaciones sabidas no de la condición humana, sino de cada condición. Insertar en este esquema el vuelo de las aves al Sur, o la irrealidad graciosa de cualquier ensoñación muy reprimida por la pragmatizada moral de la conveniencia, y se verá posiblemente más claro la índole del resentimiento de que hablo. Luis Rosales venía hablando de sí mismo y en términos cotidianos, términos que si no incluyen como parte fundamental la economía doméstica y la inadaptación al medio no incluyen nada, inadaptación en todos los sentidos, hasta crearle una cierta psicosis de desarraigo en la que intervenían razones sociales, culturales y una perturbación en las reglas del juego—entendidas al modo de Hermann Hesse—que la propia madurez dicta y se advierte dotada de luz y responsabilidad muy personales. Así es que Luis Rosales me venía hablando de cosas que yo ahora interpreto libremente y que corresponden, como es obvio, a un sector distinto al de la crítica, menos importante si acaso, pero de más difícil acceso. Implícita en las palabras, igual que la niebla de otoño parecía sostener el carbunco de los semáforos, estaba la muerte de Leopoldo Panero (1962), que, aparte el dolor natural de la desaparición repentina de un amigo vigoroso, acrecentado por su categoría poética, y dentro de las coordenadas menores—patética diluida en el transcurso de los días y de la costumbre—, había como deshecho un frente de afectividad, si se me permite la expresión, integrado por Panero, José María Souvirón y Luis Rosales, los tres poetas, correligionarios e integrados en el mismo centro de trabajo. Pese a sus bien delimitados y distintos caracteres, constituían por entonces y para los que nos movíamos alrededor un grupo generoso, animado por la frecuentación diaria, las polémicas sobre la libertad o el demonismo y la presencia vivificante, cuando no incómoda, de gente más joven a la que no se presiente desposeída de talento, pero

sí llena de perplejidad y auténtica preocupación por los temas. Estaba la muerte de Panero y también estaba, como elemento percutor, ese ciego movimiento de los modismos literarios en que, mediante una taumaturgia visceral colectiva, entabla arbitrajes de valoración que no atienden a lo sustantivo y permanente, sino a un compuesto de signos exteriores (semiótica en chancletas), dictados por las circunstancias, afectados políticamente y que, desde luego, están clasificados y reconocidos desde el punto de vista de los conflictos generacionales (también biológicos y metafísicos, ¿qué nos creemos?), es decir, que desde la perspectiva histórica son fenómenos fríamente considerados por su normalidad, por su establecida lógica generacional—péndulo de acción predeterminada—, pero que dentro del humano vivir, cuando lo que va por las venas y alienta el corazón no es todavía la historia, sino la sangre, pueden causar transitorio abatimiento o indignación. De modo que cuando Luis Rosales—antes de ingresar en la Academia, a punto de renunciar a la dirección de la revista y a punto también de lanzarse a la «resolución» (1) de su problema económico, mas después de haber publicado su *Cervantes y la libertad* (1960—dijo aquello de la alegría—como don y equilibrio, casi como una homeostasis, como una generosidad de la que está exhausta el país entero, pues por todas partes no se ve más que arribismo, rencor, soberbia de la barata y presunción—yo pude ver, naturalmente gracias a mi resentimiento de hijo de la clase media inferior recién llegado a la metrópoli, con un sueldo ínfimo de ínfimo burócrata y que está lampando por publicar un artículo en cualquier periódico de cualquier ideología, pude ver, repito, el consuelo raro, una especie de confortamiento espiritual que seguramente provenía, no de la sucesión inalterable de la alegría, sino de saber consciente a Luis Rosales de que, por encima de todo, había en él una persona superior trabada antes con el ser que con los seres, con fugacísimos matices de indefensión e inocencia, que son algunos de los elementos imprescindibles, creo, de la persona humana, inteligente, esquematizada en lo sustancial, por oposición a la persona automática, lista y desparramada en lo superfluo. Años después, frente a lo que de bueno o malo comporte el escribir y andar entre astucias, malentendidos y repentinas grandezas íntimas y burlescamente intransferibles (autopsicoanálisis en corto), he recordado esa charla, más bien monólogo, no exactamente anecdótico, y me ha servido como secuencia fija en torno a la cual giran una multitud de imágenes, enlazadas al presente inmediato por el repetido asunto de las aves al Sur, y cuyo conjunto sin aparentes claras conexiones forman un retablo del que

---

(1) Ingresando en Selecciones del Reader's Digest, algo muy parecido a lo que constituye el mal endémico del país: el pluriempleo.

quiero dar idea. *Humanae* Rosales. Fuera las luces. Preparadas las diapositivas, podríamos decir. Ahí aparece en su aspecto jocosos, tras un banquete de protocolo, con el puro que le regaló el poeta sudamericano Eduardo Carranza. Su pródiga naturaleza le permite luego tomarse unos cuantos coñacs en el bar de Cultura Hispánica, por la tarde, cuando afuera a lo mejor huele a hojarasca quemada y apunta una vaga tristeza en los ventanales. Se oye el acento musical o flojo de los americanos y se presiente la soledad amable de tantas mujeres estudiosas y sin prejuicios sexuales. Pero en realidad el suceso del banquete ha sido para los jóvenes escritores informales, procedentes de sus tertulias bostezantes, de sus barriadas extrarradiales, de sus oficinas ferroviarias, que se han encontrado a un Luis Rosales no cordial: avasallante, de extraordinaria vitalidad, y ellos se enorgullecen del trato amistoso. Muchas imágenes así. Atentos a esta otra: Rosales en su despacho de la revista, absorto, petrificado, el brillo de las gafas. Es presumible que alguien le está hablando, pero es inútil. Hay un hondón de ausencia, de gravedad, y dan un poco de miedo esas gafas cegadas por la tenue luz, o quizá es el simple cansancio de las constantes visitas. Aquí lo vemos en su casa de Cercedilla, en verano, leyendo un fragmento de algo a un hombre más joven, al que se ve en bañador, con una toalla al cuello, pero está empapado y moja el asiento, el suelo rústico de la biblioteca. La explicación es sencilla y honda: el tipo de la toalla soy yo y me estaba bañando en la piscina, una mañana cualquiera de agosto en que caí por allí, fugazmente, y me hallaba entre la gloria de las montañas y el olor del viento cuando recibí la llamada premiosa de Luis Rosales que, entre tabaco y coñac y un color de cara marrón por los soles castellanos, sintió la urgencia de leer en voz alta, esa voz impostada de fervor que él pone en las lecturas, unos párrafos de su decisiva contribución a la memoria del amigo muerto: *Leopoldo Panero hacia un nuevo humanismo* (2), serio y profundo ensayo asistido de uno de esos equilibrios difíciles donde la emoción, la mesurada congoja cabalgan sobre la lucidez y el análisis del crecimiento poético y del tránsito histórico de la sensibilidad. Aquí en la diapositiva es imposible ver u oír—caso de que fuera una simple diapositiva—la interpretación, casi recreación, o recreación entera, pero en modo alguno sustituyente, del poema de Panero *A mis hermanas* («Alguien cuenta sin voz el viejo cuento / de nuestra infancia, y nuestra sombra juega / trágicamente a la gallina ciega; / y una mano nos coge el pensamiento»); ni las manchas de luz en el valle, ni los chopos silvestres respirando en el aire claro,

(2) CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, números 187-188.